

AMAMOS LA LIBERTAD

Homilía en Te Deum Ecuménico de “La Gratitud nacional”

18 de septiembre de 1973

“No negamos el alma de Chile cuando evangelizamos a los pobres y liberamos a los oprimidos.”

En nombre de todos los que creemos en Dios, y por eso respetamos al hombre, quiero interpretar el sentido que atribuimos a esta celebración litúrgica.

Nos hemos reunido en este Templo para orar por nuestra patria, cumpliendo así con una vieja y no interrumpida tradición, que año tras año nos ha congregado a orar por Chile, en la ocurrencia del aniversario del Primer Gobierno Independiente de la Patria.

Hoy, dadas las dolorosas circunstancias que hemos vivido, esta celebración cobra un doble significado: venimos aquí a orar por los caídos; y venimos, también, y sobre todo, a orar por el porvenir de Chile.

Pedimos al Padre de las Misericordias perdone nuestras faltas y las de nuestros hermanos caídos por la patria. Confiamos en su infinita bondad, y esperamos, por la Sangre Redentora de Cristo, que la luz eterna brille para nuestros soldados y nuestros civiles que han inmolado sus vidas en la noble, difícil y dolorosa tarea de corregir nuestros yerros y de lograr que la justicia para todos los hijos de una misma patria impere soberana en nuestra tierra trayéndonos el deseado fruto de la Paz.

Nosotros, todos, somos constructores de la obra más bella: la patria. La patria terrena que prefigura y prepara la Patria sin fronteras. Esa Patria no comienza hoy, con nosotros; pero no puede crecer y fructificar sin nosotros.

Por eso es que la recibimos con respeto, con gratitud, como una tarea que hace muchos años comenzada, como un legado que nos enorgullece y compromete a la vez. Nuestra mirada hacia el pasado, próximo o remoto, quisiera ser más inquisitiva que condenatoria, más detectora de experiencias que enjuiciadora de omisiones; más de discípulo que aprende que de maestro que enseña. Recibimos la patria como un depósito sagrado y una tarea inacabada.

Esta tarea hace renacer en nosotros una inmensa esperanza, que sentimos en este momento religioso, todos los que de una u otra manera, por uno u otro título, revalidamos nuestro compromiso con las multitudes hambrientas y sedientas de justicia, y queremos ser, para ellas, constructores de un mundo más solidario, más justo, más humano, artífices de la Paz verdadera, la que el corazón del hombre anhela, la única portadora de la tan deseada liberación.

Para poder realizar tan noble tarea, en estos momentos todos los chilenos, creando un clima de comprensión, de justicia y sensatez, de perdón y fraternidad, debemos superar nuestras divisiones y luchas, debemos olvidar nuestras diferencias y nuestras opiniones contrastantes, debemos acabar con el odio para que él no envenene y destruya el alma de nuestra patria.

Pedimos al Señor que no haya entre nosotros ni vencedores ni vencidos y, para esto, para reconstruir a Chile, quisiéramos ofrecer a los que en horas tan difíciles han echado sobre sus hombros la pesadísima responsabilidad de guiar nuestros destinos, toda nuestra desinteresada colaboración.

Para iluminar nuestro quehacer, hoy quisiera, con humildad, recorrer algunos de los rasgos típicos de nuestra personalidad de chilenos, para ir en ellos descubriendo las trazas del amor de Dios a nosotros, que ha ido enriqueciendo nuestro ser nacional con hermosas características que constituyen, con razón, nuestro orgullo y que configuran todo aquello, muchas veces imponderable, pero siempre valioso y amable que expresa lo típicamente chileno.

Los verdaderos valores nuestros me parecen una emanación siempre presente del amor de Dios a Chile, y su profanación me hiere como una profanación

sacrílega.

Amamos la libertad. Durante los largos años de nuestra vida como nación, hemos hecho enormes sacrificios por obtenerla, conservarla y acrecentarla. ¿No es éste, acaso, el reflejo y obra de la presencia de Cristo Libertador? ¿No está en esto manifiesta la voluntad del Padre de hacernos vivir nuestra vida, de desarrollar nuestras virtualidades, nuestros valores, nuestras riquezas, para expresar en el concierto de las naciones los rasgos viriles y altivos de un pueblo pequeño, pero noble; inteligente y confiado en labrar y conducir su propio destino?

Ser fieles a este don de Dios significa acrecentar en los chilenos y para Chile, la verdadera libertad; luchar para hacerla patrimonio de todos; impedir que valores, costumbres o poderes extranjeros nos hagan olvidar lo que es nuestro, y nos sometan a un yugo que se nos haría insoportable y que nos privaría de todo lo que nos pertenece, y que constituye la más preciada herencia y el acervo de lo que llamamos la chilenidad.

Junto a nuestro amor a la libertad existe en nosotros el amor y el respeto a la ley. Hemos creído que ella constituía la mejor salvaguardia de nuestra libertad y el mejor estímulo de nuestro desarrollo. Hemos respetado la ley, y cuando ha dejado de ser justa, o eficiente, la hemos trocado por otra mejor. Hemos preferido el orden al desorden, la autoridad a la anarquía, el diálogo a la imposición, la justicia a la violencia, el amor al odio. En toda autoridad hemos reverenciado la persona y la investidura, acatando sus legítimas decisiones, sin renunciar al derecho -también legítimo- de sentir de otra manera.

¡Qué hermosa es el alma de Chile, don de Dios a nuestro pueblo! Y cuando el propio Señor infunde en nuestra alma impulsos de renovación, cuando el Espíritu de Dios sopla impetuoso, exigiendo que se evangelice a los pobres y se libere a los oprimidos, no está ciertamente pidiendo negar o destruir el alma de Chile.

No somos todavía una sociedad perfecta. Subsiste en nosotros el pecado

personal y colectivo. Somos como el pueblo escogido, como la humanidad misma, una tierra que Dios miró con amor, una familia que El prefirió, y a la que quiso pertenecer, porque la vio pequeña y débil, imperfecta, necesitada de El. Y se hizo Dios uno de nosotros. Y nos aceptó como somos. Y nos respetó en nuestra originalidad y en nuestros vacíos. Y caminó, y sigue caminando con nosotros, sosteniendo nuestras aspiraciones de libertad, alentando nuestras conquistas, denunciando nuestras tinieblas. Nos respeta. Cree en nosotros. Espera. Confía.

¡Admirable misterio de nuestra fe! La fe de un pueblo que lo espera todo de su Dios. La fe de un Dios que lo espera todo de su Pueblo.

Por eso en este día, en que en nuestras almas se mezclan la congoja y la esperanza, venimos aquí a implorar al Señor de la Historia, a Cristo, nuestro Hermano y nuestro Redentor, que ilumine nuestro camino, fortalezca nuestras almas, consuele nuestros dolores, y nos dé el don bendito de la Paz que El nos prometió.

Así sea.

Santiago, 18 de Septiembre de 1973.